

TÍTERES DE LA LUNA

Jorge Márquez

LA GENTE

MARTÍN — *Un enterrador nacido enterrador.*

MARÍA — *La esposa de Martín, extraña madre de todos los muertos del lugar.*

IGNACIO — *Un poeta romántico, amigo de Daniel.*

DANIEL — *Un profeta ingenuo, amigo de Ignacio.*

EL VIEJO — *Un muerto libidinoso, divertido y tierno.*

LA MADAMA — *Una muerta alocada, estudiante de exquisiteces.*

LEONOR — *La muerta amada y amante de Ignacio.*

EL LUGAR

Invierno en el cementerio.

Desorden de tumbas y arbustos. Una calle de nichos, jorobas de tierra, fosas de miseria junto a descuidados panteones y tumbas propias de nobles arruinados.

Crepúsculo del atardecer.

El cierzo silbante presagia tormenta y cimbrea los cipreses bajo un cielo cargado de oscuras nubes. Se diría que va a llover y puede que así sea. Mientras, sólo la hojarasca removida por el viento y una cancilla que en la distancia golpea a lúgubre compás. Después será la madrugada, el silencio, la extraña y fría calma.

EL CUENTO

PRIMERA PARTE

Martín termina de preparar dos fosas para muertos urgentes, muertos de mañana. Por fuera, María llama desde el infinito a su marido y pierde su voz entre viento y paletadas de tierra antes de llegar a los oídos de Martín, quien, por cierto, siempre los tuvo algo remisos para según qué asuntos de este mundo.

MARÍA — ¡Martín! (Silencio.) ¡Martín! (Más próxima, esta vez.) ¡Martín! (El sepulturero se detiene un segundo y escucha al viento mirando a su alrededor.) ¿Dónde estás?

MARTÍN — (Que no puede adivinar de dónde procede la voz de su mujer.) ¡Estoy aquí, María! (Vuelve al trabajo.) ¡En el siete!

Entra María, luego de unos segundos, cegada por el viento.

MARÍA — ¡Martín, que no veo!

MARTÍN — (Sin abandonar su tarea.) Aquí, mujer.

MARÍA — (Cerca ya de él.) ¡Dios mío, vaya nochecita que se nos viene encima!

MARTÍN — ¿Y qué quieres, mujer? Noche de febrero, frío y aguacero.

MARÍA — ¿Te queda mucho?

MARTÍN — No, a otro palmo que le dé...

Silencio.

MARÍA — (Después de mirar al cielo y restregándose los brazos y pateando por aliviar el frío.) ¿Por qué no lo dejas antes de que esto cierre más? Ya seguirás mañana.

MARTÍN — Sabes que de amanecida me cuesta, y que hay otras cosas que hacer. Y, además, que no es de buen uso andar cambiando el orden de la faena.

MARÍA — Cuando hay tanta... Porque hoy, entre el viejo de antes y este de mañana...

MARTÍN — Este... y ese que ya he terminado.

MARÍA — ¿Dos?

MARTÍN — Sí. Dos muchachos. Los treinta rondaban, si no escuché mal.

MARÍA — *(Un gesto acostumbrado: se santigua.)* Dios santo. ¿Y qué ha sido?

MARTÍN — *(Se incorpora. Lía un cigarrillo.)* Mal asunto. Dicen los rumores... *(saca el chisquero, enciende y sopla)* que se han quitado del medio. Juntos, ya me entiendes. *(Enciende el cigarrillo y continúa con su pala.)*

MARÍA — Pero... ¿hombre y mujer?, ¿amoríos?

MARTÍN — *(Se encoge de hombros. Tose.)* Amoríos, no sé; hombre y mujer, no; varones los dos.

MARÍA — ¿Y por qué, santo cielo? ¡Tan jóvenes!

MARTÍN — No lo sé, María. Yo entiendo de cosas de muertos; de los vivos, poco entiendo, y lo poco ya me estorba...

MARÍA — Pues que vaya por Dios. *(Vuelve a santiguarse mirando la fosa que su marido está terminando de cubrir.)* Y que nos esperen allá por muchos años. *(María se acerca a la otra fosa. Un silencio, alguna tos bronca del sepulturero. Ella, abstraída, juega con el pie en la arista del hoyo haciendo caer dentro algo de tierra.)* Pronta sepultura para quien ni pensaba en ella.

MARTÍN — *(Que la ha visto.)* Ten cuidado, que el corte está aún fresco *(María cae en la fosa dando un grito; él lo veía venir)* ...y la tierra es floja.

MARÍA — *(No se la ve.)* ¡Ay, Martín!

MARTÍN — ¡Vamos allá!

MARÍA — ¡Ay, Martín, que me he roto el hueso! ¡Ay!

MARTÍN — *(Entrando en la fosa donde está ella.)* ¡No será tanto, mujer! *(Para sí.)* ¡Aunque como caña ha sonado! ¡Bueno, bueno! Vamos a ver. ¿Dónde te has hecho el daño?

MARÍA — ¡En la pierna!

MARTÍN — Dónde. Señálate.

MARÍA — Aquí.

MARTÍN — ¿Ahí? *(Le toca.)*

MARÍA — ¡Ay! Sí, ahí, ahí.

MARTÍN — Eso es poca cosa, mujer; la carne, que ya no es joven. (*Silencio.*) ¡Qué!, ¿te hace bien el frotamiento?

MARÍA — ¡Oh, sí; qué alivio! ¡Santo Dios. Creí que me partía el espinazo!

MARTÍN — ¡Y mira que te estaba avisando!

MARÍA — (*Suspira aliviada.*) ¡Ay!

MARTÍN — ¿Mejoras?

MARÍA — Sí.

MARTÍN — ¿Te ves capaz de caminar hasta la casa?

MARÍA — Miedo me da ponerme en pie.

MARTÍN — ¿Y qué? ¡No vamos a hacer la dormida en el hoyo!

MARÍA — (*Molesta.*) Pues ¡hala!, levántame tú como puedas, si tanto te incomoda el lugar.

MARTÍN — Mujer... no es que me incomode, pero poco adelantaremos en esta fosa.

MARÍA — Al menos, ni viento ni frío se hacen sentir aquí dentro.

MARTÍN — (*Jocoso.*) ¡Ah, eso sí! ¡Bien calentito que va estar el difunto! ¡Y cómodo, que para algo uno es un maestro de lo suyo!

MARÍA — ¡No lo jures! Ninguno pondría el esmero que tú. Y total, por la miseria que nos pagan...

MARTÍN — A mí, al menos, todavía no se me ha quejado ningún cliente. (*Carcajadas.*)

MARÍA — ¡Martín, no faltes, que las cosas de difuntos son sagradas!

MARTÍN — (*Avergonzado o como disculpándose.*) Mujer... (*La levanta.*)

MARÍA — (*Inesperadamente.*) ¡Ay! (*Se deja caer en los brazos del marido.*)

MARTÍN — ¿Otra vez? ¡Señor! ¡La del alba nos da en el hoyo! ¡Y está la noche como para pasarla al raso! Vamos a ver. ¿Te duele en el mismo sitio? (*Masajea.*)

MARÍA — ¡Ay, ay! ¡Deja que me eche! (*Lo hace.*)

MARTÍN — (*Con sus masajes.*) ¿Ahí?

MARÍA — No; ahí, no; un poco más arriba. Lo que te digo, Martín: rota, rota por tres sitios.

MARTÍN — ¿Ahí?

MARÍA — Más arriba.

MARTÍN — Más arriba. ¿Ahí?

MARÍA — (*Su tono va dulcificándose.*) Un poquito más arriba.

MARTÍN — ¿Ahí?

MARÍA — Ahí, sí; por esos alrededores. (*Suspira.*) ¡Ay!

MARTÍN — MARÍA.

MARÍA — (*Pretendidamente ingenua.*) ¿Qué?

MARTÍN — Que... esto ya no es la pierna.

MARÍA — Ah, ¿no?

MARTÍN — No. Vamos, digo yo.

MARÍA — Bueno, ¿y qué quieres que le haga, si es ahí donde me duele?

MARTÍN — (*Amenazando suavemente.*) María...

MARÍA — (*Jadeando suavemente.*) ¿Qué, Martín?

MARTÍN — (*Cediendo y concediendo.*) Nada, María. (*Traga saliva.*) ¿Te va bien el frotamiento?

MARÍA — (*Dulce.*) Calla, Martín, y no hagas preguntas.

MARTÍN — Sí, María.

MARÍA — (*Que ahora es sólo brazos que salen de la tumba y rodean el cuello del marido.*) Martín, Martinito. ¡Cómo hueles, Martinito de mis entrañas!

MARTÍN — ¿Cómo huelo? (*Va dejándose arrastrar por los brazos de María hasta desaparecer también.*)

MARÍA — A sudor.

MARTÍN — (*Protestando.*) ¿Y a qué quieres que huelo?

MARÍA — A sudor; a tu sudor, Martinito. ¡Huele tan bien tu sudor...!

MARTÍN — (*Ancho.*) Ah, ¿sí?

MARÍA — (*Un susurro.*) Sí.

MARTÍN — Y... y... y... ¿a qué huele?

MARÍA — *(Rotundamente ebria.)* ¡A macho!

MARTÍN — *(Imitándole el tono, aunque menos convencido.)* ¡Tú hueles a jazmines, María!

MARÍA — ¡No te pares! ¿No ves que todavía me duele?

MARTÍN — ¡Qué sabe uno!

MARÍA — *(Rendida.)* ¡Bruto!

MARTÍN — ¿Te he hecho daño?

MARÍA — Sí, Martín. Digo... no, Martín. Tú sigue; así, así... *(Lamentos eróticos. De pronto, se detiene preocupada.)* ¡Oye, Martín!

MARTÍN — *(A su aire.)* ¿Qué, yegua mía?

MARÍA — ¿Esto no será pecado? Quiero decir... por el sitio.

MARTÍN — *(Solemne dentro de lo que cabe.)* María... el hoyo no es santo hasta que el santo lo bendice.

MARÍA — ¡Qué bien hablas, Martinito!

MARTÍN — ¡Mariquilla! *(Es pura euforia.)* ¡Mariquilla! *(Como quien proclama una revolución.)* ¡Vivan las noches de Febrero!

Jadeos.

Detrás de una tumba, muy lentamente, una mano se agarra a la cruz de mármol; después, otra; después, una cabeza, la de Ignacio, que anda a gatas de puro borracho. Se extraña de oír lo que oye: los jadeos de Martín y de María, y se dedica a escucharlos sin conseguir localizar de dónde proceden.

IGNACIO — *(Tremendo.)* ¡Qué extrañamente lleno, el silencio de la muerte!

DANIEL — *(Su voz, por ahora; una voz que cada vez que intenta ser baja de volumen es en realidad forzosamente baja de tono e igualmente alta de volumen.)* Ignacio, ¡que me pierdo!

IGNACIO — ¡Calla, Daniel!

DANIEL — ¿Qué pasa? *(Aparece también a gatas y tan borracho como Ignacio.)*

IGNACIO — Calla y yérgete con dignidad. ¡Y escucha la palabra solemne de los muertos!

DANIEL — *(Mientras se pone en pie con enormes esfuerzos, luego de un silencio.)* Yo sólo oigo gemidos.

IGNACIO — ¿Y qué quieres, que hablen en verso? La palabra de los muertos está vacía de voces; apenas les queda un triste aire de lamento.

DANIEL — ¡Eres un poeta, Ignacio! Y sólo los... sólo lo... *(Se ríe bobamente, incapaz de coordinar.)* Sololó... Sololó. *(A Ignacio, para que se ría.)* ¡Sololo! *(Cediendo a la risa.)* ¡Ay, madre!

IGNACIO — *(Paciente.)* Sólo... *(pausa)* los.

DANIEL — *(Decidido, gritando.)* Sólo los... poetas... *(Piensa. Silencio. En otro aire.)* Ya no me acuerdo de lo que te iba a decir.

Ahora, un gemido fuerte de Martín. Daniel, asustado, se tira al suelo como si hubiera oído silbar balas cerca de su cabeza.

DANIEL — ¡Ah!

IGNACIO — *(Sobrecogido.)* ¡Oh! *(Pausa. Más fuerte.)* ¡Oh! ¡Qué tremenda presencia de la muerte encierran esos lúgubres quejidos! ¡Cuánta desolación en este horrible lugar! ¡Miro al cielo buscando vida en el agitarse de los cipreses, pero los cipreses permanecen *(se lía con la palabra:)* inexorablemente inmóviles, atrapados por la indeleble quietud de la muerte! *(Decadente declamación.)* ¡Miro al cielo buscando vida en el titilar de las estrellas... *(Coge aire.)*

DANIEL — *(Superponiéndose, en el mismo tono tremendo.)* Pero está nublado.

IGNACIO — *(Turbio.)* Eso es. *(Casi exaltado, el brazo en alto, la mirada al cielo. Grita.)* ¡Está nublado y sin embargo miro! ¡Miro! ¡Mira, Daniel! ¡Mira cómo miro! *(Descontrolado.)* ¡Mira! *Súbitamente, el grito brutal de MARTÍN, al llegar al orgasmo, le interrumpe.*

MARTÍN — ¡María!

Ignacio, asustado, se tira al suelo como si hubiera oído silbar balas cerca de su cabeza. Ambos quedan mudos de horror.

IGNACIO — *(Luego, momentáneamente casi sobrio.)* Arrodíllate, Daniel. Las

almas penan su horrible soledad eterna. *(Se arrodillan los dos.)*

DANIEL — *(El pánico apenas le deja hablar.)* ¿Qué ha sido eso, Ignacio?

IGNACIO — *(Igual.)* La fuerza de lo sobrenatural, Daniel.

MARÍA — *(Sólo su voz, como sólo la de Martín hasta que decidan levantarse.)*
¡Martín...! *(Un puro reproche.)* ¡Martín...!

MARTÍN — *(Avergonzado.)* Lo siento, María.

DANIEL — *(Su tono de siempre cuando pretende ser silencioso.)* ¿Y ahora qué pasa?

IGNACIO — ¡Calla!

MARÍA — ¡Vaya un desastre que estás hecho!

MARTÍN — ¿Y qué quieres que le haga, si uno es muy hombre?

MARÍA — Si uno fuera tan hombre, más atento andaría a sus obligaciones, digo yo; que de pascua a pascua hay todo un año, y si yo no digo esta boca es mía...

DANIEL — *(Más alto de lo que debiera, claro.)* Lo hacen muy natural, ¿verdad?; para estar muertos, me refiero.

IGNACIO — ¡Calla!

DANIEL — *(Igual.)* Quiero decir que se les entiende todo.

MARTÍN — María, perdona... *(Se incorpora pesadamente. Ignacio se esconde detrás de la tumba y tiene que tirar de Daniel, que no reacciona.)*

MARÍA — *(También incorporada, pelos revueltos, manchada la espalda de tierra...)* Perdona, perdona... ¡Ya es fácil pedir perdón con la barriga bien llena! *(Se sacude.)*

MARTÍN — Yo, María, lo siento.

MARÍA — *(Intentando salir sin conseguirlo.)* No, si ya se ha notado que lo sientes, ya; no tengas pena, hijo. *(Ante sus inútiles esfuerzos, Martín le ayuda empujándole en las nalgas.)* ¡Y quita esas manos de ahí, si no quieres que volvamos al hoyo aunque al fin tenga que enterrarte en él! *(Sobreesfuerzo de ira: consigue salir.)*

MARTÍN — *(Que ha apartado las manos de las nalgas de María como si hubiera tenido un ascua entre ellas.)* Yo, María... No volverá a ocurrir. *(Una fulminante mirada de ella.)* No; sí, mujer. Lo que quiero decir es que, como estoy todo el día

puesto a la faena... ¡a... esta, me refiero!, pues no hago otra cosa mejor que trabar y trabajar como una mula; así que ni descanso tengo para atenderte como tú te mereces. (*No acierta a salir.*) Y... (*Ella le sostiene la mirada.*) Que digo que si ya estás mejor de la pierna.

MARÍA — ¿La pierna? ¿La pierna? ¡Mira lo rota que tengo yo la pierna! (*La mueve como si fuera de goma.*) ¡Inútil!

MARTÍN — (*Feliz porque de pronto lo ha entendido.*) ¡Ah! Lo de la pierna era para... Ah. (*Se da cuenta de lo impropio del tono.*) ¡Lo siento, María! (*Sinceramente apesadumbrado.*) Estoy avergonzado, María; avergonzado por lo que he hecho y muy triste por no haberte dado contento. ¡Con lo que yo te quiero, Mariquilla!

MARÍA — (*Enternecida.*) Bueno, bueno... déjalo estar. Y sal del hoyo de una vez, anda. Ya le ofreceré el sacrificio a San Martín. (*Sale el enterrador de la fosa y recoge de la otra sus aperos. María se sacude la ropa detenidamente y se arregla el peinado.*)

DANIEL — (*Alto, como siempre.*) ¿Y a dónde van los difuntos ahora?

IGNACIO — ¡Cállate! ¿No ves que es la mujer del guarda?

DANIEL — ¿La mujer del guarda?

IGNACIO — (*Paciente.*) Sí.

DANIEL — ¿Y está muerta?

IGNACIO — No. Está viva; ¿o es que no lo ves?

DANIEL — ¿Y el guarda?

IGNACIO — El guarda es el que está con ella.

DANIEL — Muerto.

IGNACIO — No; vivo, también.

DANIEL — Y qué pasa, ¿que aquí no hay nadie muerto? ¡Pues vaya un cementerio!

MARTÍN — (*Luego de recoger sus cosas, apesadumbrado, para sí.*) Así que lo de la pierna... Si uno no fuera tan corto de entendederas...

MARÍA — Si sólo fueran las entendederas las que tienes cortas...

MARTÍN — ¡María, mujer...!

MARÍA — Sí, padre, sí; mujer y mucho, según se ve.

MARTÍN — ¡Hombre, María...!

MARÍA — Anda. Anda... y acércate a cerrar de una vez esa cancilla, a ver si al menos me harto de dormir, ya que de otras cosas, no.

MARTÍN — ¡María, que te he entendido!

MARÍA — Gusto que por mi mano venga, dicho y hecho; pero el que de ti dependa, hermano...

MARTÍN — Ahora no te he entendido, ¿no ves?

MARÍA — Anda...

Salen los dos. Ignacio y Daniel se ponen en pie y observan atónitos la marcha de María y Martín.

Silencio.

IGNACIO — *(Sentencioso, pone la mano sobre el hombro de su amigo.)* Daniel... *(mueve la cabeza como si fuera a pronunciar una gran y sentida frase)* ¡qué cosas pasan, Daniel!

DANIEL — *(En igual tono.)* ¡Eres un poeta, Ignacio!

IGNACIO — *(Se dirige al nicho situado detrás de ellos, adornado con una pobre corona de flores frescas: la tumba reciente del viejo amigo.)* Nuestro llorado Mario todavía caliente, el cemento que le cubre aún fresco, y... *(señala la fosa donde estaba el matrimonio)* ya ves: el mundo continúa moviéndose.

DANIEL — *(En un gesto de trascendente desprecio.)* ¡El mundo es una cosa...!

IGNACIO — Daniel...

DANIEL — Ignacio...

IGNACIO — Ven, Daniel. Recemos por Mario. Vamos a desagraviarle de la afrenta hecha por esos dos pobres mortales necesitados.

DANIEL — Mayormente, ella, ¿verdad? *(Chasca la lengua.)* ¡La pobre!

IGNACIO — *(Ritual, predicador.)* Debemos elevar nuestros corazones hacia la eternidad en la que, hace tan sólo unas horas, Mario ha sido dado de alta con todos los honores. Luego, beberemos para adormecer esta pena atroz que acongojanos.

DANIEL — Eso. Luego beberemos a su salud.

IGNACIO — A la salud eterna de su alma, sí.

DANIEL — Oye, Ignacio; ¿y no podríamos hacerlo al revés? Bebemos primero, y luego...

IGNACIO — (*Trágico.*) ¡Silénciate, blasfemo! Rezar por los muertos difuntos es un acto de dolor y de entrega que demanda lucidez para no caer en el despropósito de la incongruencia, ¿entiendes? (*Le ofende la pregunta a Daniel.*) Ya. Claro que... en lo tocante a lucidez, tratándose de ti, mejor parece no tentar a la suerte, ¿verdad?

DANIEL — (*Tonto.*) ¿Eh?

IGNACIO — No, nada. (*Pausa.*) Decía... que rezar por los muertos debe ser un acto contrito y sobrio. (*Le mira de reojo.*) ¿Eh? (*Daniel, que lo nota, se siente extraordinariamente molesto; pero intenta por todos los medios aparentar lo contrario.*) Ignorante mortal... Anda, genuflexiónate.

DANIEL — ¿Yo?

IGNACIO — Sí, tú.

DANIEL — Eh... ¿Boca arriba?

IGNACIO — (*Paciente.*) Que te arrodilles.

DANIEL — (*Un poco harto.*) ¡Pues dilo! (*Lo hace. También Ignacio. Los dos junto a la tumba de Mario, con expresión seráfica.*)

IGNACIO — Y ahora... ora. (*Silencio.*) Mario... querido Mario... llorado Mario... (*cariñoso desprecio*) ¡eres un maricón! Te has muerto así, de pronto, sin darnos tiempo a que nos fuéramos haciendo a la idea.

DANIEL — (*En una muy suave recriminación.*) Eso no se hace a unos amigos de toda la vida, Mario. Uno se pone enfermo un día; al día siguiente, se encama; a la semana, se avisa al médico... y así, así... ¿verdad, Ignacio?

IGNACIO — (*En plan de homilía.*) Te has ido... súbitamente, cuando, transido de hermosas emociones, cabalgabas con tu natural donaire a lomos de la Milagritos. Apostabas por la vida y el riesgo, y ya te advertimos que la Milagritos era mucha hembra para tus setenta y nueve abriles.

DANIEL — Ochenta los que hiciera por San Efrén; pasado mañana, como quien dice. (*Menea la cabeza.*) Se nos ha ido en la flor de la vida.

IGNACIO — Sí. Flor de otoño, pero flor guerrera donde las hubiera.

DANIEL — ¡Eres un poeta, Ignacio!

IGNACIO — Me sale así, qué le voy a hacer.

DANIEL — *(Con trascendencia.)* Y ahora, bebamos por el amigo ausente; eh... presente; *(mira a Ignacio, que le mira)* bebamos por el amigo... ¡Vamos al trago, ea!

IGNACIO — Espera. Aún no hemos terminado.

DANIEL — ¿No? *(Bufa.)*

IGNACIO — *(Vuelto a la oración. Cierra los ojos.)* Recuerdo, igual que si ahora te estuviera escuchando, cómo nos amenizabas la espera en el vestíbulo del prostíbulo.

DANIEL — *(Rotundo.)* ¡Ese verso se merece un trago! *(Lo intenta, pero Ignacio se lo impide bajándole el brazo de empujar; como Daniel no cede, sigue persiguiendo con la boca a la boca de la botella, hasta que cae de bruces.)*

IGNACIO — ...Contándonos tus hazañas de la guerra, cuando luchabas como un bravo por la república.

DANIEL — *(Desde el suelo, muy veloz, de modo que sorprende a su amigo.)* ¡Viva la república! *(Bebe un trago corto y se levanta y continúa mirando atento a Ignacio, como dándole a entender que está preparado para seguirle en sus oraciones.)*

IGNACIO — *(Un tono de reproche hacia Daniel.)* ...Mientras tu madre temía por ti, viendo cómo caían los camaradas a tu lado sin que tú pudieras hacer otra cosa más que llorar sin consuelo.

DANIEL — *(Otra vez rápido, brinda y bebe.)* ¡Viva la Consuelo, que es mi puta preferida y que la tengo acostumbrada, y que no me da sorpresas! *(A Ignacio.)* Piano, Chelito, piano...

IGNACIO — Por milagro te salvaste de tanto horror y ¡oh, ironías! por la Milagros estás donde estás.

DANIEL — ¡Qué musa la tuya, Ignacio; qué musa! *(Se incorpora torpemente.)*

IGNACIO — ...Yacente, inerme, frío.

DANIEL — *(Camina sonriendo con amargura.)* Tieso.

IGNACIO — ...Ausente, rígido.

DANIEL — *(Muy triste y grave después de una pequeña pausa.)* Muerto, diría yo.

IGNACIO — Por ti, Mario, por ti, alzamos ahora nuestras copas. *(A Daniel, censurándose.)* ¡Ahora! *(Una pequeña pausa.)* ¡Descanse en paz quien libró tantas guerras!

DANIEL — *(Un ausente...)* Amén.

IGNACIO — *(Vanidoso.)* ¡Qué frase, señor! ¡Qué frase! *(Saca un minúsculo cuaderno y la anota.)*

Bebe Ignacio un largo trago; no así Daniel, que permanece abstraído y triste.

IGNACIO — *(Que ha terminado.)* ¡Agrios tragos para tristes trovadores! *(Del trabalenguas le ha salido cualquier cosa, claro. Se sienta.)*

DANIEL — ¿Qué?

IGNACIO — *(Lo intenta de nuevo.)* Digo que... agrios tragos para tristes trovadores. *(...Con parecidos resultados.)*

DANIEL — Sácate el mundo de la boca, poeta, que no te entiendo.

IGNACIO — ¡Que qué pena, digo!

DANIEL — Ah, sí, sí. Me cuesta tanto creer que esté ahí dentro, en el vientre oscuro y frío de una tumba... para siempre. Me cuesta tanto creer que nunca más volverá a escandalizar a las niñas del prostíbulo como lo hacía ayer, hace apenas unas horas, cuando corría detrás de todas ellas, entre gritos y risas, con la bragueta abierta y enseñando...

IGNACIO — Cualquier cosa.

DANIEL — Cualquier pequeña cosa, sí. Era como la mascota de la casa. La cosa de Mario, digo.

IGNACIO — Una especie de sagrada institución venida a menos. ¡Y aún decían que agotaba a las muchachas del burdel!

DANIEL — Y las agotaba; terminaban todas muertas de intentarlo y no conseguir nada.

IGNACIO — ¿Tú crees? ¿Ni siquiera la Milagros?

DANIEL — Ella sí; la única. Y no se llama Milagros; se llama Gertrudis. Le pusieron Milagros desde aquel día en que salió de la habitación de Mario corriendo como una loca y gritando: «¡Por fin. Milagro, milagro!». Ya nunca se separó de ella. Hasta ayer, hasta el momento de su muerte. Tiene que sentirse tan solo ahí dentro...

IGNACIO — Y tan frío, con lo que le gustaba a él sentarse al brasero.

DANIEL — Incluso en agosto.

IGNACIO — Y con el miedo que le daba la oscuridad...

DANIEL — ¿Y si no se ha acostumbrado a estar muerto? ¿Y si nos echa de menos?

IGNACIO — ¡Pobre Mario!

Silencio.

DANIEL — Oye, Ignacio.

IGNACIO — Dime, profeta.

DANIEL — Estoy pensando... (*Chasca la lengua.*) ¿Y si le dan ganas de ras-
carse un pie? Igual el ataúd no le da juego.

IGNACIO — Sí. (*Lo piensa. Se asusta.*) ¡Sí! Podría morirse de un ataque de nervios.

DANIEL — ¡Estás borracho, Ignacio! Los muertos no pueden morirse otra vez. (*Para sí.*) Aunque mal sí que lo iba a pasar, si le picara un pie. (*Bebe.*)

IGNACIO — Se me está ocurriendo... Pero no, no puede ser. Sería una locura.

DANIEL — Sí, sería una estupidez.

Silencio.

IGNACIO — ¿Y tú cómo sabes lo que estoy pensando?

DANIEL — ¿Yo?

IGNACIO — Sí, tú.

DANIEL — Pues... no, no lo sé. Pero sería una estupidez.

IGNACIO — Sí, claro. (*Un silencio.*) Pero... ¿y si...?

DANIEL — ¿Tú crees?

Miran los dos al nicho de Mario; luego, entre sí; luego, otra vez a la tumba. Silencio. De pronto, poco a poco cada vez más aceleradamente, se acercan, corren, se precipitan gritando hacia la fosa.

IGNACIO — ¡Mario!

DANIEL — ¡Aguanta, Mario, que ya llegamos!

Arañan el cemento del nicho.

IGNACIO — (*Va a buscar una rama seca, que arranca de un arbusto y se dirige de nuevo a la tumba.*) ¡Mario! ¡No desesperes, Mario; estamos aquí, contigo!

DANIEL — ¡Mario, tus amigos no te olvidan!

IGNACIO — ¡Vamos, profeta, deprisa!

DANIEL — (*Se quita un zapato y golpea con él en el nicho.*) ¡Mario, Mario!, ¿me oyes? (*Pega la oreja al cemento.*)

IGNACIO — (*Ve la pala que Martín olvidó recoger.*) ¡La pala! ¡Trae la pala!

DANIEL — ¡Voy!

Daniel coge la pala y entre los dos van descubriendo el féretro.

IGNACIO — ¡Paciencia, Mario! ¡Aguanta la respiración, que ya llegamos!

DANIEL — ¡Eso, aguanta la respiración y respira hondo!

IGNACIO — ¡Piensa en... piensa en la Milagros!

DANIEL — ¡Bueno, mejor piensa en otra cosa, si no!

Tras grandes esfuerzos, consiguen descubrirlo por completo.

IGNACIO — ¡Ya estamos!

DANIEL — *(Eufórico, los brazos extendidos.)* ¡Mario! ¡La vida es toda tuya!
(Lo piensa.) ¡Otra vez!

IGNACIO — ¡Venga, profeta; ayúdame a sacar el ataúd!

DANIEL — ¡Vengo!

IGNACIO — *(Tirando del féretro con gran esfuerzo.)* ¡Sí que pesa!

DANIEL — *(Igual.)* Como un muerto.

IGNACIO — Eso tiene la caoba, que pesa mucho.

DANIEL — La caoba, no sé; esto es pino hueco... El fondo, digo, porque los costados son de cartón; con tres manos de betún castaño, eso sí.

IGNACIO — ¿Qué? Pero si lo compraste tú mismo con el dinero que la Chivita le apañó a don Segundo.

DANIEL — Por eso, por eso; porque lo compré yo mismo, sé de qué está hecho.

IGNACIO — Pero ¿y el dinero?

DANIEL — ¿El dinero? Si me lo gasto en el féretro de Mario a ver de qué bebemos nosotros mañana. Además, qué más le daba a él, siendo tan generoso como era.

IGNACIO — Eres...

DANIEL — Soy precavido, conque cállate y tira, que al pobre Mario se le va a hacer eterno esto. ¡Animo, Mario, que ya casi está!

IGNACIO — ¡Sí, ánimo, Mario! ¡Verás qué risa de amigo tienes!

DANIEL — *(De pronto se detiene.)* ¡Calla!

IGNACIO — *(Intrigado.)* ¿Qué pasa?

DANIEL — ¡Escucha!

IGNACIO — Yo no oigo nada.

DANIEL — ¡Pues yo sí!

Daniel suelta de pronto el féretro y corre a esconderse tras la panza de una fosa situada a la derecha. Ignacio hace lo imposible por sujetar un extremo del féretro (el otro está aún apoyado en el nicho).

IGNACIO — Pero ¿qué haces, profeta ladrón? ¿No ves que no puedo? ¡Que me aplasta! (*Fascinado de pronto.*) ¡Tremendo! ¡Morir aplastado por un ataúd!

DANIEL — Cállate y ven aquí: alguien se acerca.

Ignacio consigue dejar el féretro en el suelo —lo cierto es que de un golpe que desencuadernaría al pobre Mario si no lo estuviera ya— y corre a esconderse junto a Daniel.

Súbitamente el viento se embravece y barre el cementerio; es un viento recio que quiebra las ramas de los arbustos. Luego un silencio tenebroso se apodera del camposanto; Ignacio y Daniel apenas se atreven a respirar. Se presiente la tímida hojarasca bajo una pisada lenta y segura. Y el miedo.

Pero estalla la bocina ridícula de una trompeta gangosa: el espasmo sin eco de un fin de fiesta derrotado. Ignacio y Daniel se sobresaltan. Luego, otra vez las pisadas y un crujir de zapatos de grillo afónico.

Hasta que aparece por el fondo un hombre viejo, sumamente encorvado, estrafalario, desdentado, vestido con una ropa decadente, un día señorial, hoy raída y abrigada por el roce. Trae una melena de estropajo largo y se ríe y baila, y hace piruetas y se ríe; golpea con los nudillos en los nichos, pone oreja, escucha de lo hondo de traspiedra un rumor perezoso y se ríe, toca otra vez la trompeta y camina haciendo sonar los zapatos: un ritmo, una casi música festiva y socarrona. Y se ríe mostrando su dentadura varias veces impar.

DANIEL — ¿Y este quién es?

IGNACIO — ¡Yo qué sé! (*Bebe.*)

DANIEL — Seguro que es algún ladrón de tumbas, o algo así.

IGNACIO — Pues espero que no se le ocurra robarle a Mario.

DANIEL — Para lo que se iba a encontrar. (*Bebe.*)

IGNACIO — ¿Cómo que...? Pues... su reloj chapado en oro, los gemelos de perla, el anillo de sello, el... (*Daniel le mira muy fijamente, sin inmutarse, como*

interesado.) ¡Eres un ladrón!

DANIEL — ¿Y él para qué los quería, siendo tan generoso como era?

IGNACIO — Pero el acuerdo era enterrarlo con todas sus cosas, con lo poco que tenía.

DANIEL — Poco es demasiado para un muerto. ¿Te importa mirar a ver qué hace el viejo?

IGNACIO — Ladrón. *(De mala gana, se asoma.)*

DANIEL — Borracho.

IGNACIO — Ese sigue ahí.

DANIEL — Pero ¿qué hace?

IGNACIO — Yo qué sé. Baila, se ríe: lo que hace la gente normal en un cementerio en mitad de una noche de febrero. *(El viejo hace sonar la trompeta.)* Ah, y toca la trompeta.

DANIEL — *(Se asoma.)* ¡Y mira a la luna!

IGNACIO — ¿Sí? Eso ya me extraña, ¿no ves?

DANIEL — ¡Y le sonrío!

IGNACIO — ¿A la luna?

DANIEL — Sí.

IGNACIO — ¡Bah! ¡Algún borracho lunático! *(Bebe.)*

DANIEL — Sí. *(Bebe también.)*

Del fondo arranca una voz femenina que ultraja el «Liber scriptus» de Verdi. Ignacio y Daniel escupen asustados el vino que bebían. Se miran, se asoman. Por el fondo aparece la responsable de la profanación: La Madama, una mujer enorme, demasiado enorme para ser verdad. Vestida con los restos mortales de una gala de ópera, trae el cabello polvoriento, las ojeras infinitas y un rubor lascivo en las descolgadas mejillas. La completan abalorios ceremoniales, cuentas, pendientes, bolsito y no sé cuántas cosas más. Viéndola, se acepta de buen grado, y hasta tranquiliza, el pésimo estado de su voz cantarina.

LA MADAMA — Liber scriptus proferetur / in quo totum continetur, / unde mundus judicetur...

Ignacio y Daniel la escuchan con la mandíbula caída.

EL VIEJO — *(Sobre la misma frase musical Dies Irae que en este punto canta el coro —en realidad, la Madama jugando a ser coro—, él gargajea —entonar sería otra cosa— libidinoso y pletórico de emoción:)* ¡Aquí viene! *(Y sigue mirando, mientras se deleita, a la luna.)*

LA MADAMA — *(Ve al viejo y le dedica su cántico.)* Judex ergo cum sedebit / quidquid latet apparebit, / nil inultum remanebit.

EL VIEJO — *(Aplaude en entusiasta italiano.)* Brava! Bravissima! *(Saluda ella gentile.)* Madama... *(Se inclina y le besa una mano enguantada.)* Qual voce! Ecco la mia artista!

LA MADAMA — ¡Oh, gracias, gracias! Buen día os conceda la providencia, ínclito profesor mío.

EL VIEJO — Tal bienandanza os deseo yo, mi dotada alumna, en esta marzal mañana de marzo. Y aunque las flores lucen todo su primaveral esplendor, de justicia es reconocer que el rubor de las más exquisitas amapolas, señora mía, se torna rosada palidez en presencia de la exuberante beldad de vuestra faz. Por otra parte, yo, fedatario satisfecho de esa arrolladora realidad, me inclino ante vos, la docta, la sin par, la bella.

DANIEL — ¡Hala!

LA MADAMA — ¡Oh, dilecto enseñador! ¿Qué musa generosa os alienta hoy tan inspirada lírica?

EL VIEJO — *(Acosándola.)* El amor. Y lo sabéis, conque no me hagáis hablar, que en ello pierdo la razón. *(Toda clase de gestos por parte de Daniel e Ignacio.)* Mas no me llaméis dilecto, por caridad, que en vuestra ingenuidad me confundo gustoso, y la trastoco y la entiendo como esta vehemencia mía mejor lo quiere, y le concedo acepciones que no tiene, pues es dilección, a saber, cariño honesto, y tanta honestidad, señora amada, hablando de vuestros sentimientos hacia mí, la verdad es que me aburre.

DANIEL — *(En su tono habitual, cuando pretende ser misterioso.)* ¿Hay por aquí un manicomio, que se sepa? *(Ignacio se encoge de hombros. Beben los dos.)*

LA MADAMA — ¡Ardor, maestro, de la palabra y no de otra cosa, que sois de reputada galantería por la extrema finura de vuestros modos!

EL VIEJO — ¿Ardor de la palabra, decís? (*Acosándola aún más.*) ¿Y no de otra cosa, decís? (*Para estar a la altura —dentro de lo posible— de la Madama, se sube al féretro de Mario. Amenazante.*) Señora...

IGNACIO — ¡Se ha subido en el féretro de Mario!

EL VIEJO — Señora... (*Carraspea.*)

DANIEL — ¡Qué? (*Se asoma.*)

EL VIEJO — (*Torero.*) ¡Señora, por Dios! ¡No me incitéis a mostraros con hechos cuán grande es vuestro error en esa afirmación desatinada!

DANIEL — ¡Le ha dado irreverente el ardor al viejo!

LA MADAMA — (*Insultantemente coqueta.*) ¿Mostrarme, he oído? ¿Y por qué os negáis a ello, si al fin maestro mío sois y mostrar de maestros es oficio? Más aún: de buen maestro... mostrar... bien.

EL VIEJO — Y a fondo, señora. Señora... Señora... (*Patalea sobre el féretro de Mario como si le hubiera dado un súbito y fugaz ataque de histeria sexual. Se recompone.*) ¡Señora! (*Silencio encarado de hombre a mujer.*)

IGNACIO — (*Sorprendido.*) Está fuera de sí.

DANIEL — (*Igual.*) Sí, está salido.

IGNACIO — ¡Pobre Mario! ¡Así la vida se burla de la muerte! ¡Qué desazón!

DANIEL — La de él, ¿verdad?

EL VIEJO — (*Entre dientes.*) Señora... mirad que hay doctrinas en las que ando olvidado de prácticas, aunque ágil de teorías.

LA MADAMA — ¿Mas cómo? ¿Os reconocéis ahora ignorante de las ciencias que yo necesito aprender?

EL VIEJO — Señora... Merced me haríais en usar otros tonos, que, os lo advierto, se me torna el amor, noble sentimiento, en innoble e innominable sensación. (*Se mira la bragueta.*)

DANIEL — Mira, el viejo... y contemplaba la luna embelesado, como un poeta.

IGNACIO — Témoste, querido amigo, que al fin venga toda poesía a descansar, llegado el caso... a la bragueta. *(Para sí.)* ¡Qué frase! *(Saca el cuadernillo y la anota.)*

LA MADAMA — ¿Perderemos este precioso tiempo en retóricas, maestro menor?

EL VIEJO — Lo perderemos en retóricas y en lo que más os plazca. Y si queréis, nos perderemos en silencio.

LA MADAMA — ¿En... silencio?

EL VIEJO — ¡Ah, en silencio! En silencio os coronaré reina del placer.

LA MADAMA — Pues por mí, hecho el silencio, si ha de ser para bien de mis enseñanzas.

EL VIEJO — *(Grave.)* ¡Callemos, pues, Madama! Truéquense las palabras en baile, primero; y luego... *(frívolo)* ya veremos! *(La toma por la cintura y se pega a ella con claras intenciones mientras le obliga a bailar un vals patético, al compás del chirriar de sus zapatos, de las hojas arrastradas y de la trompeta.)*

LA MADAMA — *(Asustada.)* ¡Señor!

EL VIEJO — *(Cada vez más entusiasmado, se dedica a obtener de la señora las frívolas y escasas deshonestidades que el acelerado vals mudo le permite.)* ¡Señora! ¡Señora! ¡Señora!

IGNACIO — Algo raro hay en el aire de este cementerio, que todos desahogan sus penas por bajas vías.

DANIEL — Ya lo decía mi abuelo, que era un náufrago de las sábanas: a las penas, pene.

EL VIEJO — ¡Qué clamor de pupilas alboradas de sorpresa cabalga esta mañana de mi recuerdo a mi vientre y de mi vientre a mi recuerdo. Maréome, señora, maréome.

LA MADAMA — *(Tratando de desasirse.)* ¡Caballero!

EL VIEJO — *(Desbocado.)* ¿Caballero? Ya, no, señora, ¡lo siento! ¡Habéis llegado tarde!

LA MADAMA — ¡Comportaos, señor! *(Consigue apartarse del viejo.)*

EL VIEJO — *(Se cubre la bragueta con la trompeta.)* Pero... ¡señora! ¿Ahora?

IGNACIO — El alma femenina es una cosa...

DANIEL — Y el cuerpo masculino, otra. Y a ver qué artista las empareja.

LA MADAMA — (*Airada, se alisa el traje.*) Si tanta es vuestra necesidad, mejor será que a partir de hoy busquéis alberca en la que saciar la sed, que esta fuente es de muy preciado mármol y de muy finos caños y de muy pura agua para labios tan groseros.

EL VIEJO — (*Apesadumbrado.*) Señora... Eso que me decís me turba; y comprenderéis que yo, a mi edad, no esté ya para más turbaciones.

LA MADAMA — ¡Basta, señor maestro! (*Le arrebatla la trompeta y la hace sonar al oído del viejo, quien se derrite imaginando similitudes en la boca de la Madama.*) No sé qué extraña y peregrina idea ha podido haceros concebir necias esperanzas sobre mi honestidad. ¡Perdulario!

EL VIEJO — Pero yo, señora mía, creí...

LA MADAMA — Vos habéis creído lo que habéis querido creer. Y sois muy dueño de ello mientras tales ideas en nada me inmiscuyan, ni a mí, ni a mi honra. ¡Buen día tengáis, señor! Ya os dejo solo, por si acaso os resulta de urgente necesidad... ¡Bueno; por si acaso!

EL VIEJO — Pero, ¡señora!

LA MADAMA — Adiós. (*Canta.*) ¡Por si acaso! ¡Por si acaso! una mano arriba y otra abaixo.

EL VIEJO — (*Mientras la Madama, que hace como que se va y no acaba de irse, sigue cantando.*) ¡Qué asco de vida! ¡He de verme aislado en la torre de marfil de mi sabiduría y de mi inteligencia! ¡Miro y no hallo sino incultura a mi alrededor! ¡Qué digo a mi alrededor! ¡A mis pies!

LA MADAMA — Oh, señor; no os enojéis, por caridad. Ocurre simplemente que hoy me place, más que el sexo escabroso, leer la tibia poesía de los románticos, tal como vos mismo me habéis enseñado. ¡Oh, sí, el amor! ¡El amor, tan lejos de las... (*grosera y cruel*) burdas gónadas! (*Delicada otra vez, leyendo de un libro diminuto.*) Era la noche de aciaga presencia...

EL VIEJO — ¡Callaos!

LA MADAMA — ¡Oh!

EL VIEJO — ¡Me aburrís con vuestra lírica delicuescente! Sabed, señora,

que jamás apetecí de vos otro amor ni otro poema que los de vuestras nalgas y aledaños. Conque idos.

IGNACIO — Dura bragueta, siempre destino del más tierno afecto. (*Saca la libreta y anota.*)

LA MADAMA — Pero...

EL VIEJO — ¡Idos, digo!

LA MADAMA — (*Airada, se va.*) ¡Oh! (*Vuelve y suplica angustiada.*) ¿Oh?

EL VIEJO — ¡Idos! ¡Idos de una vez!

LA MADAMA — (*Se derrumba en llantos.*) ¡Oh! (*Y sale.*)

EL VIEJO — (*Al verla, por fin, salir.*) ¡Oh, sí, oh! (*Y se dedica a lo que hacía antes de que llegara ella: bailar, hacer crujir sus zapatos a ritmo, sonar la trompeta... y golpear en los nichos mientras grita:*) ¡Vamos! ¡La fiesta ya ha comenzado! ¡A reír! ¡A reír! (*Y ríe.*)

DANIEL — Esto es lo malo que tiene el vino barato, que te produce unas alucinaciones impresentables.

IGNACIO — Ella parecía la bailarina de una caja de música.

DANIEL — (*Ríe.*) Nunca se me habría ocurrido.

IGNACIO — Tampoco a mí, pero como estoy etilizado hasta límites sospechosos...

DANIEL — (*A punto de llorar.*) Y yo. Sospechosos y hasta condenados. (*Maldice.*) ¡Estoy condenadamente borracho! ¡Condenado para siempre a la cruel soledad de los borrachos! (*Cambia.*) ¡Como el pobre Mario a la soledad de los enterrados! (*Llora escandalosamente.*) ¡Mario, Mario querido! (*Sereno, de pronto. Amargo.*) ¡Cómo te has muerto, so cabrón!

IGNACIO — (*Le tapa la boca.*) ¡Calla, Daniel!

El viejo, que ha escuchado los gritos de Daniel, presta oídos sonrientes al otro lado de la tumba tras la que ambos se ocultan.

DANIEL — Mario, Mario; mi capullín de lupanares. (*El viejo rodea la tumba y los encuentra. Ignacio no se entera. Daniel sigue gritando.*) Mi angelito de catres hundidos. Mi llenador de bacinillas! (*Gira la cabeza y descubre al viejo.*) Mi... Mi...

(*Da con el codo a Ignacio.*) Mira, tú... (*Ambos se ponen de pie con la mejor compostura que le permite su borrachera: con ninguna.*)

IGNACIO — Bue... Buenas noches.

EL VIEJO — (*Sonriendo pícaro, hace sonar la trompeta. Y se balancea como un péndulo y canta como un cuco.*) ¡Oh, oh! ¡Oh, oh! ¡Oh, oh! ¡Oh, oh!

DANIEL — Oh.

EL VIEJO — ¿Quiénes son ustedes? ¿Eh?

IGNACIO — (*Se acerca.*) Yo... soy...

DANIEL — ¡La resurrección! Él es la resurrección, y yo, la vida. (*Le tiende la mano.*) Somos... la resurrección y la vida, nosotros.

EL VIEJO — Pero... ¡si están borrachos! ¡Oh, oh!

DANIEL — ¡Quién! ¡Quién ha dicho eso! Bah, difamadores. Creen que pueden manchar tu reputación de honesto caballero con calumnias de tres al cuarto.

IGNACIO — (*Conciliador.*) Señor... no deje que las apariencias le confundan. Digamos que el dios Baco se ha empeñado hoy con nosotros.

DANIEL — ¡Ese, ese sí que es un borracho!

EL VIEJO — Por favor, por favor. No griten de esa forma; ¡terminarán despertando al sepulturero!

DANIEL — (*Gritando.*) ¡El sepulturero! ¡Ese tiene la culpa! (*Se viene abajo.*) ¡Enterrar a Mario como a un muerto más, como a uno cualquiera! (*Llorona otra vez.*) Tanto cemento, tanto ladrillo. No hemos llegado a tiempo. (*Se arrodilla junto al féretro.*) ¡Mario, Mario! Ignacio te va a escribir un libro. Se titulará... ¿Cómo se titulará, poeta?

IGNACIO — (*Triste.*) No lo sé.

DANIEL — Le pondremos... «Mario o morir en febrero» y tratará de hermosos y delicados versos, de éstos que el poeta sabe hacer. (*Hundido.*) ¡Oh, qué mierda!

EL VIEJO — ¡Oh, oh! Cállense, por favor.

DANIEL — Acabo de pensármelo más propiamente. Un libro de versos te hubiera aburrido tanto, mi querido y juguetero cascabel de burdeles... (*Acaricia*

el féretro.) ¡Tú, que sabías encontrar la poesía donde únicamente existe: entre las piernas de una puta de madrugada! (*El viejo ríe divertido.*) Será un libro de chistes de putas. ¿Te acuerdas del de la beata ciega que llama a la puerta de un burdel creyendo que era la tienda de imágenes de escayola? Y dice... dice la beata: «Buenas tardes, ¿tienen ustedes vírgenes?». Y le contesta la Braulia, le contesta... (*Su dolor le impide continuar.*) ¡Esto no se le hace a un amigo de verdad!

EL VIEJO — Deberían ser más respetuosos. ¿No comprenden que están profanando el sueño eterno de los que aquí descansan? (*Se vuelve para reírse a escondidas. Hace sonar la trompeta.*) ¡Oh, oh!

IGNACIO — (*Muy triste.*) Sí, señor, sí; tiene usted razón. No somos más que un par de borrachos escandalosos. Sobre todo este.

DANIEL — (*Repuesto, amargo, sin llanto.*) ¡Mario, rebrote mío! ¡Cómo te dejaste la vida entre las piernas de la Milagros! ¡Eso es entregarse por amor!

IGNACIO — Era un entregado.

DANIEL — ¡Era un hombre! ¡Y murió dando testimonio de lo que era! Cumplió con la Milagros y palmó. ¿O no llegó a cumplir?

EL VIEJO — ¡Por favor!

IGNACIO — Cállate, Daniel; ya está bien.

DANIEL — ¡No me da la gana! ¡No quiero callarme! (*Llora sincero y amargo.*) ¡Mario se ha muerto! ¡El muy hijo de la gran puta se ha muerto sin pensar en el daño que nos hacía a quienes le queremos! ¿Por qué tengo que callarme? ¿Es que ya no puede uno ni llorar cuando le duele algo? (*Grave y lúcido de repente.*) ¡Dios mío; qué borracho estoy! (*Tose. Se lleva las manos a la cara. Se tiende boca abajo.*)

EL VIEJO — Vamos, vamos... (*Malintencionado.*) Ustedes ya no son niños, ¿no?

DANIEL — ¡Yo sí lo soy; lo soy, mierda! ¡Y no quiero crecer nunca!

EL VIEJO — Deberían estar acostumbrados a la muerte. Después de todo, morir es lo más normal del mundo. (*Daniel, levantando la cabeza, le mira entre asombrado y despectivo. El viejo se vuelve y ríe otra vez malicioso; luego se recompone.*) ¿Eh?

IGNACIO — Claro que sí.

DANIEL — Verá, señor: conformarse es morir; el pesimismo brota del estiércol de la resignación.

IGNACIO — ¡Daniel!

DANIEL — No te preocupes, poeta; es de la hoja de hoy del calendario.

EL VIEJO — ¿Y quién dice que morir sea conformarse?

Suena muy a lo lejos un borbotón de carcajadas: gente que se divierte, música que, al poco, el viento de la distancia se traga.

IGNACIO — ¿Qué ha sido eso?

EL VIEJO — *(Para sí.)* ¡Oh, oh! *(Burlón.)* ¿El qué?

IGNACIO — ¿Lo has oído, Daniel?

DANIEL — *(Murmura medio dormido.)* Mario... Mario...

IGNACIO — ¿Quién es usted?

EL VIEJO — Bueno, verá: el caso es que no recuerdo mi nombre. Hace más de sesenta años que aquí todos me llaman simplemente el viejo.

IGNACIO — ¿Aquí?

EL VIEJO — *(Nervioso.)* Bueno... quiero decir... el sepulturero y su mujer, que generosamente comparten conmigo su comida y permiten que viva aquí, entre nichos y fosas. *(Ríe malévolamente y hace sonar la trompeta.)*

IGNACIO — *(Más extrañado aún.)* ¿Aquí?

EL VIEJO — Sí, señor; aquí cada día y cada noche. Aquí, señor; aquí, aquí. Aquí.

IGNACIO — Pero ¿por qué?

EL VIEJO — Pues verá, señor. Porque esa gente tan importante que hormiguea por ahí fuera, muriéndose por ser distinguidos y envidiados, buscando oro en las heridas de los demás... Esos seres tan groseramente vivos, tan muertos... han terminado siendo gente a la que no consigo entender, y con quien no deseo volver a compartir jamás ni siquiera el aire que respiran. ¿Entiende, señor? *(Trompeta y pectorreta.)* ¡Oh, oh!

Silencio perplejo de Ignacio. Viene, y se va otra vez, aquella bo-

canada de fiesta lejana.

IGNACIO — (*Bufa.*) Atento, profeta: el horizonte se tiñe de misantropía. (*Daniel responde con un ronquido.*) ¿Un traguito, señor simplemente el viejo?

EL VIEJO — ¡Oh, no, gracias! No he bebido nunca y, la verdad, me parece un poco tarde para...

IGNACIO — (*Ofreciéndole su botella.*) ¡Venga, hombre! (*Grandilocuente, cómico.*) ¡Apenas el hilo de un beso en los labios de cristal de mi amada! (*Se sorprende, saca el cuadernillo y la anota.*)

EL VIEJO — Bueno... (*Bebe.*)

IGNACIO — (*Tras un breve silencio.*) El vino quema la amargura, y aquí todos tenemos mucho que olvidar. (*El viejo sigue bebiendo.*) ¿Oiga? (*Igual.*) Oiga... que le he permitido un beso, no que me la soliviente.

EL VIEJO — Perdone, joven; ya sabe lo que ocurre con las pasiones tardías. Pero se equivoca usted; este no es sitio para olvidar; al contrario, hay mucho que recordar aquí, (*tierno*) aquí donde vivo porque ninguna cama es tan tibia como el mármol de su tumba.

IGNACIO — ¿Qué tumba?

EL VIEJO — La tumba de mi amada hija, señor. (*Se vuelve y se ríe a escondidas.*)

IGNACIO — ¿Su hija?

EL VIEJO — (*Triste.*) Sí, señor; mi hija, mi querida niña. La más hermosa virgen ungida con todos los aromas del universo. Hasta que una noche alguien me la rompió. Le destrozó sus ojos, llenos del aire del amor, y sus labios, y sus entrañas pequeñas. Diecisiete años, señor. Diecisiete vidas que me arrancaron con embestidas de toro en celo. (*Bebe.*)

IGNACIO — Pero ¿quién?

EL VIEJO — (*Con la indiferencia acostumbrada de una comadre.*) Pues... dos hijos de la señora de la casa en la que servía yo como mayordomo. Verá: ella, la señora, era una joven muy bella, hija de un pobre matrimonio de campesinos que trabajaban para el duque; el duque era un viejo avaro, feo y lascivo. Era tan lascivo, que un día la vio y se prendó, y se quiso casar y se casó, porque si no, los padres de ella sufrirían terribles tormentos y luego morirían, o al revés, no

me acuerdo. El caso es que se casó, y ella era muy desdichada porque él la aco-
saba, y la sometía, y la tocaba... (*se emociona*) la tocaba por todos sitios, por las
partes... por las partes más... la tocaba así, y así, (*se le ponen los ojos en blanco*) el
muy indigno, el muy cerdo, el muy duque; la tocaba así, por la... alcoba, y por
la cocina, y ella lloraba, lloraba... (*Toca la trompeta.*) ¡Cómo lloraba ella porque le
humillaba que él la tocara por todas las partes de su cuerpo y del castillo!

IGNACIO — ¿Y qué?

EL VIEJO — ¿Y qué? Tuvieron dos varones; dos hijos de la suciedad y el
abuso. Y no tuvieron más porque ella murió al poco tiempo.

IGNACIO — ¿De pena?

EL VIEJO — No, de un golondrino infecto. El duque, que era un viejo feo,
avaro y libertino, se pasaba todo el día tocándose con intención, hasta que,
claro, se le infectó, como era de prever.

IGNACIO — ¿Y su hija?

EL VIEJO — ¿Qué hija?

IGNACIO — La hija de usted.

EL VIEJO — Mi hija murió, ya se lo dije. ¿Es que no me escucha?

IGNACIO — Pero ¿qué tiene que ver ella con el duque?

EL VIEJO — ¡Ah! Es que yo servía en casa del duque, y mi hija vivía con-
migo; vivíamos los dos solos en un sótano húmedo; vivíamos allí solos desde
que su madre murió abrasada por un dragón en la orilla del río, mientras la-
vaba la ropa de los hijos del duque, que eran dos varones hijos de la vergüenza
y del abuso. Y abusaron de mi hija, se conoce que lo llevaban en la sangre. La
violaron, la maltrataron y luego la mataron. ¡Ya se lo he dicho! Y yo la enterré
aquí, en este cementerio; en un cementerio de un país lejano, hace muchos, mu-
chos años, cuando érase una vez. Ya sabe: los juguetes preferidos de los niños
ricos eran, a menudo, los niños pobres. (*Trompeta.*) Esto... ¿le importaría pres-
tarme a su amada otro poco?

IGNACIO — (*Le da la botella.*) Me deja usted sin habla.

EL VIEJO — (*Después de beber.*) Pues eso no es todo.

IGNACIO — (*Expectante.*) ¿No?

EL VIEJO — No, señor; también le he dejado sin vino.

IGNACIO — No sabía... No podía imaginarme...

EL VIEJO — No se preocupe, no se preocupe. No se preocupe. (*Apura el último trago. Devuelve la botella vacía.*) ¡Vaya, me he dejado llevar!

IGNACIO — Las pasiones tardías... ya se sabe. Vamos, tírela. (*Saca otra de debajo de su chaqueta.*) Las botellas son como las putas: hay que tener siempre una, pero sin que importe demasiado cuál. (*Suena otra vez, más claro ahora, el murmullo festivo: risas multitudinarias y música alegre.*) ¡Escuche! Pero ¿qué es eso?

EL VIEJO — Gente que ríe. ¿Tan extraño le parece?

IGNACIO — ¿En un cementerio?

EL VIEJO — ¿Por qué no? Fuera de aquí todos duermen. Tienen que descansar profundamente para poder seguir mañana la dura escalada hasta la cima, que, por cierto, está aquí, en este cementerio. Acompañeme esta noche. ¿Quiere usted conocer a mi hija? Bueno... la sepultura donde está enterrada.

IGNACIO — (*Cansado.*) Claro, claro. ¿Por qué no? Después de todo, ¿qué otra cosa podemos hacer aquí, sino visitar muertos?

EL VIEJO — Vivos, señor.

IGNACIO — Muertos vivos, señor, sí. (*A Daniel.*) Profeta. (*Este responde otra vez con un sonoro ronquido.*) ¿Cree usted que su hija se ofenderá porque mi amigo no nos acompañe?

El viejo responde soplando su burlona trompeta y riendo. Luego parten los dos acompañados por el crujir de un par de zapatos sobre la hojarasca. La música festiva y las carcajadas llegan con más fuerza que nunca a los oídos ausentes de Daniel.

TELÓN

SEGUNDA PARTE

Daniel duerme aún recostado sobre el féretro de Mario, en medio de un abrazo deshecho por el sueño. Y suena la voz (adornada de risas y carreras) de la Madama, que juega a ser perseguida.

LA MADAMA — (*Adolescente.*) ¡Oh, querida! ¿De verdad crees que le intereso? Pues ¡vaya un regalo! Es feo y antipático, y quizá, quizá, hasta un poco mayor para mí: ¡son noventa años! ¿Quién piensa que a tal edad pueda aún... dar juego? (*Risas. Aparece corriendo y se detiene al reparar en la presencia de Daniel.*) ¡Oh, dios! ¡Un hombre! ¡Un hombre tendido en el suelo! Claro que... un hombre es siempre un hombre, y (*pícaro*), pensándolo bien, tendido, mejor disposición presenta a mostrarse como lo que es: un hombre. (*A Daniel.*) ¡Caballero!, ¡caballero! (*Entona y canta.*) Caballero. (*Silencio.*) ¡Santos del infierno! ¿Qué profunda y poderosa razón puede provocar un sopor tan pertinazmente pesado? ¡Oh, cuántas pes! (*Más alto.*) ¡Caballero!, ¡caballero! ¿No sentís próximo a vos un revolotear de mariposas en mi vientre? Mas ¿qué digo? Oh desgarradora incertidumbre. ¿Acaso no es contradictoria la naturaleza provocando en tan refinado espíritu instintos tan bajos? Yo, adoradora de las buenas costumbres, cancerbera celosa de la moral ajena, véome ahora, en esta abrasadora intimidad, solivian-tada por la presencia de un apetecible mancebo. Me avergüenzo, me avergüenzo. Mas ¿qué hacer? Debo, por cierto lo tengo, intentar que vuelva en sí; pero ¿cómo?; ¿grito?, ¿le toco? Sí, le toco, sí; pero ¿qué?, ¿dónde?, ¿con qué?, ¿cómo?, ¿intensamente?, ¿suavemente?, ¿delicadamente?, ¿indiferentemente? ¡Oh, recovecos ignotos de la mente, cómo me agobiáis con tanto adverbio! ¿Y qué hacer con esta duda? ¿Me desmayo o le toco? No, le toco, le toco. ¿Y si no fuera célibe? O, peor aún, ¿y si la fuera? Oh, si lo fuera... ¡Calla, corazón irreverente! Aunque... si a mi voz, canto del ruiñeñor, el señor no respondió, (*pícaro otra vez*) ¿a qué otro estímulo mortal podría hacerlo? (*Risitas.*) ¿Lo pienso, o tal vez peco si lo pienso? Tal vez peco; pero me gusta pecar, me gusta pecar; luego me arrepentiré, lo sé; luego; mas ahora... siento que me hundo en el pozo gozoso de los goces profundos. ¡Huy, un verso! Pero ¡Madama! ¿Caeríais vos en aquello cuya censura tenéis por moral horizonte? (*Le ha gustado.*) ¡Oh! (*Saca del bolsito un pequeño cuaderno y anota la frase.*) Oh dioses, ¿por qué de este modo me probáis? ¿No os alcanza la piedad a compadeceros de mi frágil voluntad? ¡Huy, otro! ¡Caballero, caballero! ¿Me habéis oído? (*Se acerca, se arrodilla y le toca la cabeza.*)

Caballero... (*Reaccionando a su incontrolado gesto.*) ¿Por quién me habéis tomado? (*No aparta la mano.*) ¡Oh, mano pecadora!, ¿qué haces? (*Acaricia a Daniel con mayor fruición.*) ¿Qué haces? ¿Es que no me escuchas? ¡Vuelve! ¡Vuelve, te digo, o serás desterrada para siempre del resto de mi (*se señala el pecho con la otra mano*) cuerpo! ¡Oh! (*Turbada.*) Perversas. ¡Cómo ignoráis por conveniencia el fatal destino que será vuestro escarmiento! (*Se acaricia el cuerpo con una mano; a Daniel, con la otra.*) ¡Soltadme, malvadas! ¡Yo soy una donna! ¡Una señora! (*En otro tono.*) Una mujer, al fin de tanta estúpida cuenta. (*Se echa sobre Daniel y le besa y le acaricia apasionadamente. Él se remueve sin llegar a despertarse. Entonces ella se aparta asustada.*) ¡Y muy decente, sí, señor! (*Se pone en pie, se coloca el vestido.*) ¡Muy decente! ¡Muy decente! ¡Lo proclamo, lo grito y hasta lo canto! (*Lo canta.*) ¡No quiero dudas! La maledicencia es un páramo donde la gente entierra a los demás cada vez que le parece o simplemente se aburre. ¿No os parece, caballero? (*Comprueba que sigue dormido: que no se ha dado cuenta de nada. Mira a uno y otro lado. Después su tono demuestra un profundo odio, una ancestral repugnancia.*) Caballero... ¡A saber de qué arroyo habéis salido vos! ¡Un mendigo borracho es lo que sois! Por cierto, ¿qué estáis haciendo aquí, a estas horas de la madrugada? La gente honesta no va por ahí emborrachándose de noche en los cementerios, conqu... Seguro que vuestra esposa os ha desenmascarado; a vos y a vuestra desvergonzada amante. Por eso estáis aquí, borracho. Ahora preferiríais morir, ¿no es cierto? ¡Pues lo hubierais pensado antes, cuando vuestra pobrecita y complaciente esposa vivía en la ignorancia y se dedicaba a vos en cuerpo y alma! ¡A vos!, ¿me oís! ¡A vos, que a buen seguro regresabais a las tantas y las cuantas de folgar con la otra! La habéis dejado embarazada, ¿no es eso? Pues a ver cómo mantenéis ahora a dos familias... Y os advierto que el juego no soluciona nada. No comprendo cómo podéis confiar aún en la suerte, después de haber perdido en los casinos las joyas, las pocas joyas de vuestra mártir esposa, el pan de vuestros hijos y hasta el dinero que habéis robado de la empresa en la que trabajáis. Bueno, trabajabais, porque, a estas horas, es seguro que vuestro patrón ya ha recibido las quejas de la portera. ¡Degenerado! ¡Intentarlo con la hija inválida de la portera, que apenas ha cumplido siete años! ¡Qué digo, siete años! ¡Siete meses! (*Se queda mirándole de lado, con el gesto altivo, despreciándole, la boca torcida. Silencio.*) ¡Cerdo! (*Luego aparta la vista de él y cambia de pronto.*) ¡Ay, que bien se queda una! (*Canta:*) Hablar, hablar, hablar... (*Recita.*) Esto no es malo, nunca lo ha sido; jamás entré en la vida de cada cual. Hablar, hablar. (*Ahora un agudo de ópera.*) ¡Y no parar jamás!

DANIEL — ¿Y callar cuándo toca, señora?

LA MADAMA — (*Asustada.*) ¡Caballero!

DANIEL — O caballo, señora; según que se me incomode o no.

LA MADAMA — Pensé que estabais privado.

DANIEL — Pues no, señora; no estoy privado, ya ve. Estoy presente; caído, eso sí; pero vivo y casi lúcido.

LA MADAMA — Mas... ¿no estabais ebrio?

DANIEL — De ahí el casi, señora.

LA MADAMA — Y... y... (*intentando que parezca simple curiosidad*) ¿desde cuándo estáis despierto?

DANIEL — ¿Desde cuándo? Acabo de dar en mí, señora.

LA MADAMA — (*Suspirando aliviada.*) ¡Ah!

DANIEL — (*Mientras se levanta.*) Sí, respire tranquila, que no hay motivo de preocupación. De hecho, no me he enterado de nada. (*Bebe.*)

LA MADAMA — De nada... ¿de qué, caballero?

DANIEL — Pues de nada... de nada. Quiérese decir que no me he enterado de cómo se ha restregado lascivamente contra mi cuerpo aprovechando que yo me encontraba... digamos descansando, ni de que se ha inventado una sarta de disparates sobre una mujer que no tengo, una empresa en la que no trabajo, y la hija de una portera que no sé si tiene, por fin, siete años o siete meses; la hija, digo. Por cierto, ¿de qué portera hablaba usted?

LA MADAMA — ¿Yo? Yo no conozco a ninguna portera, señor mío. Y es más: siempre me he preguntado si realmente existirían tales personas. ¡Ah! y también me pregunto si es que estáis aún borracho.

DANIEL — (*Paciente.*) Mire, señora: yo no estaba propiamente borracho; con más acierto diríase que hacía un alto en mi camino, ¿entiende? Y si esto (*se acalora*) ha de servirle para negar que me habéis dicho y hecho lo que me habéis dicho y hecho... (*se líaa*) ¡no!

LA MADAMA — ¿Quién lo ha dicho? (*Empieza a dar vueltas a su alrededor, segura, despectiva, mirándole a través de los anteojos de ópera.*)

DANIEL — Yo lo he dicho. ¡Esto! lo he dicho yo. Lo otro lo habéis dicho

vos, quiero decir usted.

LA MADAMA — ¿Yo? No, señor; yo no he hecho ni dicho eso que vos habéis dicho que yo he hecho y dicho a vos.

DANIEL — Claro que no, señora; no lo habéis dicho vos, quiero decir usted; y no lo habéis dicho usted porque quien lo ha dicho es vos, quiero decir usted... ¡Quiero decir yo! ¡Y deje de dar vueltas de una vez!

LA MADAMA — ¿Vos?

DANIEL — No, vos, no; es decir, sí. O sea... yo, no vos, quiero decir usted.

¡Usted es la que tiene que dejar de dar vueltas! ¡Me estoy mareando!

LA MADAMA — ¿Yo?

DANIEL — *(Se queda perplejo, mirando a un punto en el vacío, reflexionando durante una pausa.)* ¿Yo estaba aquí cuando vos habéis llegado?

LA MADAMA — ¡Claro que sí!

DANIEL — ¡Ah! ¿Y de qué estábamos hablando?

LA MADAMA — Os contaba yo que en cierta ocasión conocí varón.

DANIEL — ¿De eso hablábamos?

LA MADAMA — Y que, nueve meses más tarde, conocí otro varón: mi hijo. Fue una memorable noche, la primera, digo; fue una memorable noche, digo, la primera, mientras representábamos una ópera, no recuerdo cuál, y... ¿qué estaba yo diciendo? ¡Ah, sí! Pues... en un momento en que actuaba sólo el coro, al ahogo de las sombras del teatro, al amparo de las sombras del teatro, yo, digo, yo y el tenor, digo, y no el coro, entre tiros y cajas, el tenor me poseyó. ¡Me poseyó! Luego, enseguidita, enseguidita, él tuvo que entrar, así que en diez segundos, y esto suele ocurrir, creedme, dejó el varón resuelto el asunto. Y a mí, que entonces era virgen, me cambió la voz. Así que... soprano en principio, pasé a contralto coloratura después de aquella fugaz aventura. Y por eso juré voto de castidad. ¡Podría haber terminado en barítono, qué horror! Sé de mujeres a las que les crece el vello exageradamente por eso; todo el vello, ¿no?; quiero decir: el vello de todo el cuerpo, ¿me entendéis? Así que, salvo trece segundos y medio, he sido, soy y seré, espero, virgen perpetua. Y mi hija varona también lo será. Es igual. En todo caso, cuanto os he contado es falso; o, al menos, en ello confío. ¿Me guardaréis el secreto, señor? ¡Oh, dios! Pero ¿por qué me dirijo a vos en tan inconfesables confesiones? ¡A vos, un vividor que deprecia

las buenas costumbres, la moral, el orden! ¡Os odio! ¡No podéis haceros una idea de cuánto os odio! (*Se vuelve y llora apoyada en un nicho.*)

DANIEL — Pero ¿por qué, señora?

LA MADAMA — (*Se vuelve. Con toda naturalidad.*) No lo sé. Ha sido un pronto, lo reconozco. En todo caso, estoy dispuesta a perdonaros. Podéis besarme una mano, pero hacedlo con devoción, si no os importa. Perdonaros, digo, por vuestras calumnias, digo. Eh... la mano, por favor.

DANIEL — (*Convencido de estar ante una loca.*) ¿Si... si os beso la mano, me... dejaréis en paz?

LA MADAMA — Para siempre.

DANIEL — ¿Y os olvidaréis de que nos conocemos?

LA MADAMA — Para siempre.

DANIEL — Está bien. (*Como sonámbulo.*) ¿La izquierda?

LA MADAMA — La del anillo. (*Le extiende la derecha.*)

DANIEL — (*Se acerca, le toma la mano y se dispone a besarla. De pronto, se detiene extrañado.*) ¿Este anillo, señora...?

LA MADAMA — (*Absorta.*) ¿Sí? ¿Perdón?

DANIEL — Es curioso... Me recuerda... No, no puede ser; disculpadme. (*Va a besársela.*)

LA MADAMA — (*Le retira la mano suavemente. Es, de pronto, una persona más calmada, seria y serena.*) Sí, sí puede ser. ¿Lo reconocéis?

DANIEL — ¡Claro, señora! Pero... No entiendo nada.

LA MADAMA — Decidme dónde habéis visto antes este anillo.

DANIEL — Es... Yo... tengo un amigo, que no sé dónde puede estar ahora. Hace un momento se encontraba aquí...

LA MADAMA — El joven poeta al que llamáis Ignacio.

DANIEL — Sí. Ignacio. ¿Le conocéis?

LA MADAMA — En realidad... sí.

DANIEL — Pues... hace algunos años, la muchacha a la que él amaba... Quiero decir que él le regaló ese anillo; creo que es ese. Pero ella está muerta, y

fue enterrada con ese mismo anillo.

LA MADAMA — Sí; en todo tenéis razón. Ella está enterrada aquí, en este cementerio, justo en esa tumba. (*Señala la tumba de Leonor, en primer término.*)

DANIEL — ¿Ahí? (*Se acerca muy lentamente.*) ¿Esta es la tumba de...?

LA MADAMA — Esa que ahí veis es la tumba de Leonor.

DANIEL — También conocéis su nombre. (*Daniel, abstraído, acaricia la lápida de la tumba de Leonor, después de haber leído su nombre grabado en ella.*) Leonor... (*A la Madama.*) Pero ¿cómo...? ¡Dios mío, no comprendo lo que está pasando! ¿Le habéis robado el anillo en su propia tumba?

LA MADAMA — (*Cariñosa.*) No, Daniel; (*intrigante*) ella misma me lo dio. Ahora venid conmigo; quiero que veáis algo que quizá os ayude a comprender.

DANIEL — ¿Adónde vamos?

LA MADAMA — A ocultarnos. (*Se esconden detrás de las jorobas de tierra.*) Mirad a vuestro amigo. (*Señala a Ignacio y al viejo, que entran.*)

Aparecen los dos. El poeta, a cuatro patas; el viejo, a horcajadas encima de él. Este lleva en la mano izquierda una botella medio vacía; en la derecha, un ramo de flores marchitas cogido de cualquier tumba. Ignacio trae al cuello, arrastrándola, una corona fúnebre muy seca y descompuesta. Ambos juegan, parecen divertidos y más ebrios de felicidad que de vino.

EL VIEJO — Camina, títere bobo.

IGNACIO — Por caridad, señor; estoy más borracho de lo que podéis pensar.

EL VIEJO — Te digo que camines, marioneta de plástico.

IGNACIO — No puedo, señor.

EL VIEJO — ¡Estira una pierna! (*Toca la trompeta. Ignacio obedece.*) ¡Bien! Ahora, la otra. (*Toca la trompeta. Ignacio obedece.*) Abre los ojos. (*Toca la trompeta. Ignacio obedece.*) ¿A ver? (*Le levanta la cabeza agarrándole el mentón. Finge llorar el viejo.*) Tienes los ojos como mi pequeña; tienes la mirada de los ingenuos, llena del aire del amor. (*No llora.*) Cierra los ojos. Suelta la mandíbula. (*Ignacio obedece. Gime el viejo.*) Me recuerdas a mi hijita muerta; la misma carita, la misma expre-

sión... *(No llora ni gime. Autoritario.)* ¡Bien, mejoras; nadie duda de que mejoras, pero aún no es bastante!

IGNACIO — A propósito, señor: ¿cuándo llegaremos a la tumba de su hija? Hemos recorrido ya todo el cementerio.

EL VIEJO — Ya casi estamos. Un último esfuerzo. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Oh, oh! ¡Oh, oh!

IGNACIO — Los hilos, señor. Me aprietan las muñecas y los tobillos... Me duele el espinazo.

EL VIEJO — ¿Mas recto lo quieres?

IGNACIO — Un poco, señor; apenas el espesor de una uña, si no os sirve de molestia. Llevo tanto tiempo aquí debajo...

EL VIEJO — *(Se supone que tira: alza la mano izquierda; al mismo tiempo, Ignacio arquea la espalda hacia arriba.)* ¿Bien así?

IGNACIO — Mejor, señor; gracias, señor.

EL VIEJO — ¿Suelto ahora?

IGNACIO — No, señor; por lo que más queráis.

EL VIEJO — Soltar... *(Ríe malévolamente.)* Soltar es lo que más quiero. ¡Oh, oh!

IGNACIO — Pues soltad, señor, si tal es el designio de los dioses.

EL VIEJO — ¿De los dioses? ¿De qué dioses?

IGNACIO — Quise decir vuestro designio.

EL VIEJO — No te oigo; habla más alto; grita.

IGNACIO — Digo, señor...

EL VIEJO — ¡No grites. Es inútil! No estoy; en estos momentos, no estoy.

IGNACIO — Pero, señor...

EL VIEJO — Bien, bien... de acuerdo, estoy; pero estoy reunido; no puedo atenderte ahora. Lo siento. Tengo importantes ocupaciones y no puedo perder tiempo. *(Bebe.)* Al principio, sí; atendía, escuchaba; pero pronto me di cuenta de que así no llegaría nunca a ser quien ahora soy, ¿me entiendes? Hay que aprender a olvidar, a enterrar; las raíces donde mejor están es enterradas.

IGNACIO — Señor, señor...

EL VIEJO — *(Como un sereno.)* ¿Quién llama? ¿Hay alguien ahí abajo? Esto está muy oscuro. ¡Y muy frío! *(Da de beber a Ignacio levantándole la mandíbula. Luego le hace sonar la trompeta: es un sonido agonizante.)* ¡Qué solo me encuentro!

IGNACIO — *(Cuando puede.)* Soy... Soy yo, señor.

EL VIEJO — Y bien, hijo, ¿qué quieres?

IGNACIO — He terminado al fin mi poema. Si me lo pagáis, podré escribir otro.

EL VIEJO — ¿Un poema? ¿Qué?

IGNACIO — Una copla, señor.

EL VIEJO — Ah, bueno, Adelante. Recitad.

IGNACIO — *(Coge aire.)* Monta la muerte a lomos de la luna.

EL VIEJO — Bien.

IGNACIO — Duerme la niña en paz de eterno sueño.

EL VIEJO — No me gusta. *(Finge que llora.)* Es muy triste.

IGNACIO — ¡Pero si es un soneto, señor!

EL VIEJO — *(No llora.)* Pero no me gusta. *(Llora.)* Es un soneto muy triste. *(No llora. Bebe.)*

IGNACIO — Bueno, bueno; no lloréis. A ver si este os place más.

EL VIEJO — *(Ilusionado.)* ¡A ver, a ver!

IGNACIO — Es para ponerlo a la puerta del cementerio, si os gusta. *(Intrigante y ripioso.)* ¿Ahoga su conciencia en la cloaca / del lujo, del poder y la belleza? / Pues niéguese a adorar tanta simpleza, / y goce la hermosura de... ¡una vaca!

EL VIEJO — *(Despectivo.)* ¿Una vaca?

IGNACIO — Lechera, mi señor; y no muy flaca; con cuernos, blanca y negra y mucha caca.

EL VIEJO — ¡Ordinario! *(Le golpea en la cabeza con el ramo de flores secas.)*

IGNACIO — *(Ingenuo.)* ¿Ordinaria la naturaleza, señor?

EL VIEJO — ¡Ordinario tú, y no me confundas!

IGNACIO — Pero yo, señor...

EL VIEJO — (*Ríe.*) Belleza, muchacho, belleza; música, poesía... ¡Oh, oh! (*intrigante*) mujeres, que encierran la vida en sus entrañas, y en sus ojos, la muerte del sosiego de los hombres; (*se sorprende; saca un cuadernillo y anota.*) ¿Los has visto reír?

IGNACIO — Como a nadie nunca antes, señor.

EL VIEJO — (*Más intriga; casi le habla al oído.*) Porque nunca cesa en ellos la fuerza del primer deseo; para nosotros, jamás llegan el cansancio ni la rutina. La vida eterna es la ilusión eterna. (*Rotundo, un poco verdulero.*) Aquí no huele a perfume, ni a avaricia, ni a religiones, ni a dinero, ni a laca para el vello del pubis.

IGNACIO — ¡Laca rima con vaca!

EL VIEJO — (*Golpe en la cabeza de Ignacio con el ramo de flores secas.*) Aquí huele siempre a lo que afuera sólo dura un instante: (*ríe malévolo*) a belleza cruda y desnuda; a música, a poesía, a dolor y a risa, a vértigo y a juego, a borra-
chera y a nervio. (*Malicioso.*) ¡A vida! ¡Oh, oh!

IGNACIO — Ya os entiendo, señor, y quiero compartir todo eso con vosotros.

EL VIEJO — ¿Tú? Tú sólo te mereces el neutro y polvoriento suelo, tan lejos de la luna y a la vez del abismo.

IGNACIO — No, señor, por favor.

EL VIEJO — Una...

IGNACIO — ¿No os da pena de mí?

EL VIEJO — Dos...

IGNACIO — ¡Oh, dios mío!

EL VIEJO — ¡Oh, oh! ¡Tres! (*Salta sobre Ignacio y le hace caer de bruces en el suelo con un sentido lamento.*) ¡Y aquí estamos! (*Toca la trompeta intentando imitar una fanfarria.*) ¡Hemos llegado al final!

IGNACIO — ¿Ya hemos llegado?

EL VIEJO — Sí, mi querido amigo; he ahí la tumba de mi muy amada hija. (*Señala el sepulcro de Leonor.*)

IGNACIO — Pero... es el mismo sitio donde estábamos desde un principio.

EL VIEJO — Sí, es cierto. Antes ya estábamos en el lugar apropiado, pero no en el momento apropiado. Ahora conoces el cementerio, has visto a la gente reír y has aprendido a reírte como ellos. Ha pasado el tiempo, y la luna está mucho más alta y poderosa. ¿Ves? *(Los dos miran a la luna y le sonríen.)*

DANIEL — *(Sale inquieto, alarmado.)* ¡Poeta, Poeta!

IGNACIO — *(Manotea ilusionado como un crío.)* ¡Daniel! ¡He recorrido el cementerio! ¡Hay muertos divertidos por todas partes; se ríen, cantan y se aman, se burlan de los vivos y danzan alrededor de una hoguera que llega hasta la misma luna! ¡Escucha! Escucha con atención y los oirás. O, si no, mejor ven conmigo, vente conmigo y podrás verlos. ¡Nos divertiremos todos juntos!

DANIEL — *(Lloroso y agotado.)* Vámonos, Ignacio; no me encuentro bien.

IGNACIO — ¿Ahora? Pero no puedo, Daniel; *(por el viejo)* le he prometido visitar la tumba de su hija, y ya hemos llegado. ¡Todo esto es maravilloso! ¡Ven-ga, profeta; es sólo una borrachera! *(Tira de él hacia la tumba de Leonor.)*

DANIEL — *(Se suelta violentamente.)* ¡No es la borrachera, Ignacio! ¡Vámonos de una vez!

IGNACIO — ¡Pero, bueno! ¿Es que ahora, de pronto, te dan miedo los muertos?

DANIEL — Sí, me dan miedo; mucho miedo. ¡Vámonos!

Silencio. Ignacio y Daniel se miran. Aquel trata de leer en los ojos del amigo. Luego, intrigado, se aparta suavemente de él.

IGNACIO — Vamos a ver qué muerto es ese que tanto pánico te produce.

DANIEL — ¡Ignacio, por lo que más quieras; no te acerques a esa tumba!

IGNACIO — ¿Por qué, *(grave)* si lo que más quiero está precisamente en una tumba? En una tumba que debería haber visitado hace mucho tiempo, y que nunca visité por cobardía.

DANIEL — Entonces, razón de más para que no te acerques.

IGNACIO — Es ella, ¿verdad?

DANIEL — *(Silencio. Le coge de la mano.)* ¡Vámonos, Ignacio!

IGNACIO — No, profeta, no; no huyamos. Por alguna razón hemos ve-

nido a parar aquí.

DANIEL — Pero yo no quiero saber cuál es.

IGNACIO — *(Tajante.)* Yo ya sé cuál es. *(Se acerca a la tumba muy despacio.)*

DANIEL — *(Asiente, camina, bebe, se sienta junto al féretro de Mario.)* Adelante, poeta. Después de todo, es sólo una muerta más; tu muerta preferida.

En medio de un largo y profundo silencio, Ignacio recorre con los dedos cada letra del nombre de Leonor grabada sobre su lápida. Después se bebe las lágrimas con el resto de la botella, la levanta tranquilamente y la estrella, destrozado, contra su sepulcro.

IGNACIO — *(Con voz trémula, saboreando la amargura de cada letra.)* ¡Hija de puta! *(Un silencio tenso en el que nada ocurre. Luego, va cayendo de rodillas hasta que, de un golpe seco, se clava en el suelo. Gime.)* ¡Hija de puta! *(Llora.)* ¡Hija de puta! *(Se derrumba desconsolado.)*

DANIEL — *(Intenta contener las lágrimas con gestos que podrían llegar a resultar cómicos.)* ¡Vaya lengüita para un poeta! *(La suya es una mirada de rabia, apartada del patético cuadro, mientras gime espasmódicamente en silencio y golpea, con ritmo creciente, la botella contra el suelo. Pasa mucho tiempo. Luego acaricia el féretro de Mario y se incorpora suavemente; su hablar es entrecortado.)* ¡Vámonos, Ignacio, que la noche está fría! *(Pausa.)* ¡Anda, vámonos a casa, y que la Matea nos prepare un caldo bien calentito, ¿eh? *(Silencio.)* ¿Eh? ¿Nos vamos? *(Silencio. Desiste.)*

IGNACIO — *(Extenuado, ya no llora, pero suspira a intervalos, como un niño, con la mirada perdida.)* ¿Por qué lloras, Daniel?

DANIEL — Porque la borrachera me da llorona, y porque me da la gana, conqu andando.

IGNACIO — Déjame estar aquí un poco más, Daniel. He despertado muchas noches llorando por ella. Siempre imaginé que su tumba sería de mármol blanco. Y más pequeña, mucho más pequeña.

DANIEL — *(Intentando evitar emocionarse.)* Bueno, ya está bien, ¿no?

IGNACIO — Y... en la penumbra de mi habitación, cada noche, soñaba acariciar sus brazos contemplándola como un niño, igual que un niño inventa juguetes del aire, igual que un hombre solo se inventa piernas desnudas en el

hueco de sus piernas. Me deleitaba arrancándole su cuerpo a las sombras y trayéndolo hasta el borde de mi cama. (*Llora conteniéndose. A Leonor.*) Te hacía cuerpo del silencio y de las sombras. (*Se hunde en llantos.*)

DANIEL — (*Saca un cuaderno y anota. Agrio, como pensando en alto.*) ¡Eres un poeta, Ignacio! (*Bebe.*)

IGNACIO — Pero tú estabas muerta. Te acercaba a mí hasta que pudiera reflejarme en tu vientre, buscaba tu mirada por todos los rincones. (*Se tiende del todo.*) Pero tú estabas muerta. (*Colérico.*) Te ibas quedando fría entre estas paredes de mármol, te deshacías en la tierra mientras yo te amaba. ¿Por qué, si tú también me amabas? ¡Yo te lo oí decir muchas veces! (*Gime agotado.*) Muchas, muchas...

LA MADAMA — (*Después de una pausa.*) Y aún lo dice.

IGNACIO — (*Angustiado, desde otro mundo.*) ¿Qué?

Daniel permanece con la cabeza hundida entre las piernas. El viejo se acerca lentamente a Ignacio y, ya a su lado, le acaricia delicadamente el pelo.

EL VIEJO — Era una niña muy hermosa. La noche de su muerte, la primera que pasó entre nosotros, la luna de los cementerios se enamoró de ella, de sus grandes ojos tristes, y ordenó que todos nosotros hiciéramos corro a su alrededor. Pasamos muchas horas intentando sin fortuna conseguir una sonrisa de sus labios. La luna de los cementerios quería verla sonreír, quería amar su alegría tanto como ya amaba su tristeza.

LA MADAMA — (*Muy dulce.*) Pero la pequeña Leonor no deseaba sonreír entre los muertos, sino volver a la vida, donde había dejado, sin querer, a un joven poeta al que amaba.

EL VIEJO — Cuando la luna de los cementerios supo esto, lloró lágrimas de rocío, y juró que encontraría al joven poeta y que lo haría morir para que Leonor se sintiera alegre a su lado.

DANIEL — (*Para sí.*) Ahora ya lo sabes.

Todos callan. La música y las risas de la fiesta llegan más cercanas.

LA MADAMA — *(A Ignacio.)* Escucha cómo se divierten. Vamos, ven; quieren verte jugar.

EL VIEJO — Igual que antes, cuando estuvimos los dos allí, pero ahora ya para siempre. Cada noche llamaré a tu sepultura y tú vendrás a jugar alrededor de la hoguera, con todos nosotros, bajo la luna inmensa. *(Hace sonar la bocina.)* ¡Oh, oh!

LA MADAMA — Quieren verte danzar alegre; quieren ver cómo te ríes de los vivos.

EL VIEJO — Vamos. Os están esperando.

DANIEL — *(Horrorizado.)* ¿A mí?

EL VIEJO — *(Bromista, a Daniel.)* ¡Oh, oh!

LA MADAMA — *(A Ignacio.)* A ti... y a ella.

IGNACIO — *(Ilusionado.)* ¿A Leonor? ¿Dónde está?

LA MADAMA — Aquí.

IGNACIO — ¿Aquí? *(Ignacio salta asustado y se pone en pie.)*

LA MADAMA — Aguardándote desde la noche de su muerte.

IGNACIO — Leonor...

Suena la fiesta al fondo: un ritmo frenético de tambores ancestrales salpicado de gritos y carcajadas. Despacio, rituales, el viejo y la Madama levantan la pesada losa de la tumba de Leonor. Ignacio es incapaz de mover ni un músculo; Daniel esconde la mirada y bebe mientras acaricia el ataúd de Mario. Un resplandor de purísimo blanco destella desde el fondo del sepulcro. Cuando han apartado la lápida, con una inmensa delicadeza, los dos muertos toman en sus brazos el cuerpo yacente de Leonor (joven, bella y virginal, vestida de antigua novia con un velo de seda que le cubre la cara) y la ofrecen a Ignacio. Este, después de dudar un segundo, se acerca, le descubre el rostro y la besa temblando. Leonor despierta. El viejo y la Madama se apartan. Leonor acerca sus labios hasta los labios de él y por fin le besa suavemente durante unos segundos. Después, le trae de la mano hasta el borde de la tumba que cavaba Martín, a la derecha, y

comienza a desnudarle como lo haría una madre con su hijo enfermo. Cuando ha terminado, ella misma se desnuda y desciende a la tumba; se acuesta en el fondo, de modo que no se la ve, y extiende sus brazos. Ignacio desciende también.

El viejo baila, toca la trompeta y hace crujir sus zapatos mientras sale. La Madama se dedica, al borde de la tumba donde yacen los dos jóvenes, a entonar un aria celestial que, por su boca, se convierte en infernal estrépito (y, de vez en cuando, por cierto, mira con disimulo y asombro la escena del fondo). Al segundo, regresa el viejo y se la lleva a rastras, sin dejar ella de cantar por eso.

Más tarde, aquella misma ráfaga de huracán que precedió a la aparición del viejo, barre el cementerio. Daniel se acurruca tiritando, se frota los brazos y mira a la luna. Entonces decide abrir el féretro de Mario; se queda mirándolo, arrodillado, reverencial... hasta que poco a poco empieza a reír cada vez más fuerte, divertido y amargo, y su risa se va convirtiendo en llanto de derrota. Levanta el ataúd —que está vacío, claro— y lo arroja al tiempo que los sonidos de la fiesta cobran una presencia única y se oye la voz de Mario.

LA VOZ DE MARIO — ¡Venid aquí, muchachitas mías; mirad lo que tengo! ¡Huy, huy, huy! (Risas alborotadas de mujeres.)

DANIEL — (Gritando con todas sus fuerzas, en medio del recio viento, las risas y el ruido de la fiesta.) ¡Salud, viejo Mario! ¡Viva tu república! (Rompe a reír. Se lleva la botella a la boca y, mientras bebe, poco a poco, las risas y el viento se van calmando hasta desaparecer.)

Silencio. El horizonte perfila una luz de amanecer. Los pájaros empiezan a alborotar el crepúsculo. Daniel se sienta al borde de la tumba de Ignacio, sonriendo. Después mira hacia dentro, vuelve los ojos a la botella y la besa suavemente, cerrando los ojos.

DANIEL — (Murmura.) Apenas el hilo de un beso... (Melancólico.) Uno también se vacía, ¿comprendes?; como tú misma. Ahora ya estamos solos tú y

yo. El poeta nos ha abandonado; como nos dejó el viejo Mario, sin avisar, porque sí. Claro que no sé de qué me sorprende; lo hacían con mucha frecuencia... Lo de citarnos los tres, digo, y marcharse ellos dos solos, sin esperarme. (*Al hoyo donde yace Ignacio.*) Pues tú te lo pierdes, porque, no sé si lo sabes, pero yo era tu mejor amigo, ¿te enteras? Yo (*se golpea el pecho con el índice repetidas veces*); yo, sí señor. Y nunca fui celoso, nunca. Que tú querías pasar primero con la Chivita... pues hala, ahí la tienes, hala; toda entera para ti. Y luego resulta que te metías en la cama con ella y, mientras le acariciabas, cerrabas los ojos y murmurabas: «Leonor, Leonor...», que uno termina enterándose de todo; ¿qué te creías? (*Pausa.*) Tenías un amor por el que morir y una amistad por la que vivir; pero tú elegiste el amor; siempre el estúpido amor, como un veneno que ciega los ojos, que no te deja ver ni siquiera al amigo que tienes delante. (*Sonríe sarcástico.*) Lo tuyo era amar, y si la amada estaba muerta, pues ¡hala!, a morirse. Muy bien, hombre, muy bien; pues ya estás muerto. ¡Anda y hártate de Leonor! Por cierto, ¿sabes cómo termina el chiste aquel de la beata ciega que llama a la puerta de un puterío creyendo que era la tienda de imágenes de escayola y pregunta si tienen vírgenes? (*Para sí.*) ¡Coño, que me ahogo! (*Suspira.*) Pues termina que le contesta la Braulia, la Braulia, ya sabes... (*Señala gorduras en su cuerpo con las manos e infla los carrillos cuanto puede.*) Pues le dice a la beata: «No, señora; vírgenes no nos quedan, pero si quiere algún mártir...» (*Estalla en carcajadas revolviéndose de risa. Poco a poco se le irá pasando al tiempo que mira a la tumba de Ignacio. De pronto, serio.*) ¡Bueno, hombre, bueno! ¡Qué! no tiene gracia, ¿no? Pues no, a lo mejor no tiene gracia; pero es la verdad, mira tú por dónde. Los puteríos, como el de doña María, la Matea, están llenos de gente como tú, y como Mario, y como yo; mártires que se esconden en el calor de las madres de madrugada. ¿Te gusta? Pues no es del calendario; no, señor; es mía, que uno también... (*Se da con el índice en la frente. Un tiempo. Se acurruca.*) ¡Qué fría está hoy la mañana, poeta! ¡Y qué sola! A estas horas, los tejados estarán todavía húmedos; la Milagros, la Consuelo, la Chivita... todos empezarán a removerse entre el calor dulce de las sábanas. Y en casa, la doña pensará: «¿Dónde estarán estos dos golfos, que ni siquiera respetan el luto de don Mario?». Las palomas andarán volando de uno a otro lado de los tejados húmedos, o en el parque. Y escucha; hoy los pájaros siguen piando al alba, pero no porque sea bonito; hoy pían porque tienen hambre, ¡qué carajo! (*Pausa.*) Y los cipreses siguen sin moverse. ¡Menos mal que el mundo sí se mueve! Y menos mal que al enterrador y a su mujer no se les ocurrió usar esa tumba en la que yaces. Con lo pulcro que tú eras, con lo sensible... Tu fosa debería tener esencia de glorias, en vez de tierra; jazmines, en vez de

humedad. (*Profundamente triste.*) Y a mí, querido poeta, a mí... (*baja a la otra fosa*) déjame esta otra que todavía huele a sudor, al sudor de dos que se necesitaron un frío anochecer de febrero. (*Levanta la mirada al cielo vagamente, entornando los ojos.*) Mira, ahí va la luna, a punto de esconderse, cegada ya por el sol. (*Como rumiándolo.*) ¡No sea yo quien le lleve la contraria a esa luna que hoy sonrío satisfecha! (*Pausa.*) En fin. Algún día volveremos a encontrarnos, poeta. Mario correrá las putas; tú amarás a Leonor, y yo... beberé sin parar tragos de vino amargo, del vino amargo de la soledad, mientras beso apenas los labios de cristal de mi amada. (*Llora. Brinda.*) Por la luna, y por los suyos; por ti... (*Se le llenan los ojos de lágrimas y reacciona.*) Y por mí, ¡qué coño! (*Pausa.*) ¡Y porque Martín siga buscando a María en los olores del sudor y de la tierra! (*Se tumba. Alza la mano, de modo que sólo se ve la botella.*) ¡Amén! (*Y bebe.*)

Silencio. La botella sale despedida de la fosa, dando vueltas, y se estrella y se hace pedazos contra uno de los nichos.

TELÓN